

# VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA JOVEN LITERATURA

AÑO I

MURCIA - 1927 - JULIO

NÚM. 7

## Paseo y pérdida

Culminaba, pronto a resbalar, en la máxima pendiente de la indecisión. Iban ya sus propósitos presos entre interrogaciones, cuando entró por la ventana, súbitamente, la voz alegre y clara de la calle. No fué pregón, canto ni risa; no fué tampoco, como en otras mañanas, el ruido en el mirador de enfrente, cuando la vecina joven se asomaba a la calle, que no era paisaje, desde su coche que no era coche de ningún tren. — Fué una invocación apremiante e ineludible; saltó dentro de la estancia y dentro de él con admirable agilidad de acróbata, le colocó a toda prisa el sombrero del estímulo, y no cesó hasta obligarlo a que la penetrara él, a su vez, de un solo paso: el paso definitivo, puesto en el centro mismo de la acera.

Entonces advirtió que toda la calle estaba vestida de fiesta. En la proa de la esquina inmediata una clara sonrisa de sol lo llamaba, de tal manera abierta que encendía los dos planos del ángulo. Vibraron sus íntimas antenas sensoriales. Presintió la emoción, aún desconocida, pero bien posible de sorprender y gustar. Y con toda la guardia en pie comenzó su paseo, volviendo lentamente la hoja de la esquina.

Al final de la nueva calle estrecha, en el jardín de los niños, el mástil de una gran palmera agitaba su júbilo de banderines verdes, llenos de luz. Eran banderines de toda gala, bien lavados con las primeras lluvias de marzo, adornados de múltiples cordoncillos y flecos, con los que el viento se peinaba y despeinaba jugando. Primera estampa: fué su mirada, durante largo rato, marinero de aquel mástil.

Detrás de la palmera una casa blanca daba la risa de su alero y el alero su risa de palomas. Había un balcón, a la sombra de la rizada ceja, que ahora, por estar abierto, se hizo imán para sus ojos cuando éstos fueron hacia la casa. En él se le fijó la vista; y a prenderse en ella vino, desde sus íntimas soledades, una figura nueva: vestido negro, y brazos, desnudos, en sazón. — ¡Magnífica medalla, de oro de ley, que la casualidad había fabricado y prendido en el pecho del día! — Segunda estampa: al doblar esta esquina tuvo que hacerlo con esfuerzo, porque la mujer, en el balcón, le había pisado la mirada.

La otra calle, perdidamente ciudadana, era calle de tranvías, bocinazos, timbres. Comenzó a sentir el empuje de toda ella en las espaldas, y ya iba a salir de su paso, ya iba a pisar con fuerza el acelerador, cuando advirtió que el mundo había dado la vuelta de campana: al ruido del motor, tremando abajo, respondían en la altura vertiginosas revoluciones que arremolinaban, atropellándolo, al aire. — Tercera estampa: por la margen izquierda de la gran pista azul, brotó en ciega y loca huida sin dirección y sin barreras, un tumulto de puntitos blancos, grises, negros. Después, el monstruo; el coco de las palomas, el gavilán mecánico, que cortó la pista en diagonal hacia invisibles puertos.



DANIEL VAZQUEZ DIAZ: Retrato

Le estremeció las alas del sombrero un fuerte soplo, y al bajar la cabeza involuntariamente, como temeroso de que fuera a volcársele encima todo aquel torbellino de la altura, vió su ruta, despejada y abierta de nuevo, aunque ya terminándose la calle. — Experto timonel hizo girar la rueda, y viró, ciñendo limpiamente la orilla, hacia la izquierda.

Entonces sintió repetirse la vibración de sus íntimas antenas sensoriales, pero esta vez más honda y duradera. Tuvo el presentimiento de un abordaje, y se encontró indefenso, ya que aún no estaba en posesión de la florida brújula, de la lírica rosa de los vientos que le eran necesarias. — ¿Dónde, la bahía? ¿Dónde el fondeadero? — Temeroso, preocupado, comenzó a inspeccionarse los bolsillos, a girar en torno de su propio eje. Uno, dos, tres... Y mientras de tal modo iba, escoltado por su flota de dudas, no advirtió cómo se le caían al suelo más estampas: estampas que nadie pudo ver en realidad, porque las imágenes quedaron hacia abajo, enterradas, y no eran atrayentes los reversos.

Uno, dos, tres... ¡El choque! Tan repentino, absoluto y desconcertante, que se sintió ir al fondo de cabeza. — ¿Dónde, la brújula? — Pero la misma fuerza impulsora lo ayudó a rehacerse y lo puso en pie sobre su tabla más perfecta de salvación, aunque dejando a esta bien unida con el extremo de su cable. — Se encontró, pues, conducido a remolque. Y, cuando con la vista ya serena, pudo apreciar por quien era lle-

vado, coincidió su sorpresa con la inercia vencida; porque su cuerpo ya no era un cuerpo resistente, y no se tendía recto, sino en curva, el cable aquél de unión.

Era que había nacido frente a él, deliciosamente acabada, la estatua de una mujer hermosa: más hermosa cuanto más imprevista, que lo envolvió, embriagándole, con su aire oloroso como viento marino. Caminaba con paso corto y firme, tan elástica y ceñidamente, que se vestía y desnudaba con cada movimiento. Un delicioso vértigo lo arrastró detrás de ella, y eligió como esencial destino el de seguirla por la ciudad. Bien atento a que no se le rompiera en las bruscas desapariciones tras las esquinas el hilo tenso de su mirada, comenzó a recorrer un paisaje que nunca, de otro modo, hubiera podido hallar en la mañana primaveral y luminosa. — ¡Definitiva estampa! —

...Y, de improviso, con tanta rapidez y desconcierto como en el abordaje, supo que la fuerza que obraba sobre él se rendía. Se halló en el puerto, bien encallado en su orilla, mientras la nave de la mujer hermosa se alejaba. El mar se le ofrecía lleno de serena hermosura. Un gran trasatlántico esperaba en el centro del puerto, y hacia él iba su ilusión, hecha tan pequeñita al fin por la distancia que los ojos apenas la advertían, sin volverse hacia él: sin querer hacerle adiós con su pañuelo.

J. RODRIGUEZ CÁNOVAS

## Maternidad falsa

Ella cojía la bandurria con ademán de madre que va a darle de mamar al hijo.

Cuando tocaba la canción antigua que tanto le gustaba a él, era mas madre que nunca. Aquella canción tenía las perspectivas y los difuminados que deben tener las canciones para dormir a los niños, de mayor a menor, como las calles, como los caminos.

Él la miraba, y tomaba aquel gesto de padre que encontró un día dentro del espejo, de padre un poco asustado del recién nacido.

## Mañanas blancas

A él le gustaba tomar el desayuno muy de mañana, en cualquier vaquería, cuando las tiendas aún no se han pintado los labios, cuando los cafés empiezan a salir a la puerta, cuando la mañana lleva todavía ese pijama íntimo, color claro, de haberse levantado hace un instante.

Ella tenía miedo a las vaquerías.

— Son los panteones de la vida, en los que se bebe ese marmol líquido de la leche, un poco caliente para disimular la frialdad de lápida blanca — había dicho.

Temía cojer una pulmonía en aquel cambio tan brusco de la habitación con estufa de la vida, a la luna llena de la muerte.

## Tarde

El otoño se filtraba por el colador de los visillos. Ella levantó el visillo blanco con ademán de quien quita la tela metálica a la cafetera individual, para que el café del otoño se filtrase con más rapidez.

La habitación se llenó de color pan.

Se había puesto un vestido color canela. No se la veía bien; ¡estaba como perdida en el día!

Las paredes estaban sofocadas de palidez; lentamente se iba copiando en ellas la lividez del cielo.

El sentía miedo, temía que ella de un momento a otro se confundiese, se mezclase con el otoño.

— Cuando amanezca un día gris vístete de rojo — le dijo él —; muchas veces te busco y no te encuentro.

— No, no, — le había contestado ella — vestida de rojo parecería un remiendo, un remiendo del día gris. Yo me vestiré de rojo en el día rojo.

## Viaje

Aquellos dos faros del automóvil eran como aquellos senos de ella, tan llenos de luz.

En los atardeceres, cuando la noche va dejando caer lentamente las persianas de la sombra, el automóvil abría sus pechos a la carretera y le daba de mamar su luz, igual que ella cuando abría el grifo secreto de sus senos para amamantar al niño.

Por eso el niño cuando mamaba cerraba los ojos, le cegaba aquella claridad eléctrica de los faros de su madre.

En el alba los pechos del automóvil estaban pálidos, con la luz estrangulada y con las ojeras grises de no haber dormido. Tenían aquel desfallecimiento del corredor que llega a la meta, — a la meta del día —, en el mismo instante en que ya iba a dejarse caer, en que ya no podía más.

RAMÓN GAYA

SALAMANCA

(ACADEMIAS)

Ciudad, a tu amoroso  
Regazo, al puerto de tu paz, confío,  
A que halle en ti reposo,  
Este divagar mío,  
Automático nauia de tu río.

Anclado el pensamiento  
Entre la puente nueva y la romana,  
Tu viva calma siento  
Que el profundo me gana  
Donde la fuente de mi verso mana.

Del río en la ribera,  
Al encendido ocaso se apellaña  
La lírica cantera  
De tus piedras, y baña  
Sangre de siglos tu perenne entraña,

Y el sol, con temblorosa  
Mano, halaga tus moles torreadas,  
Deshojando la rosa  
De oro de tus fachadas  
Sobre las aguas, de álamos rizadas.

\* \*

Río, sesgado brío  
Que el verde teso del ferial cabruña,  
Rigiendo, orilla al río,  
Cuerno, esquilón, pezuña  
Que el campo libre en episodio acuña!

Aquí, en el estuario  
De tu civil hervor, donde el paisaje,  
Sintetizando el vario  
Verdor de su oleaje,  
Reverente a tus puentes da peaje,

Deja que alce mi tienda,  
Y, a vista del paisaje campesino,  
Hacia tí el ala tienda  
Mi pájaro adivino  
Que excede en la mecánica del trino,

— Mi verso, digo: Verso  
Cartógrafo de ensueños y de estrellas —,  
Sobre tu cielo terso  
Rastreando las huellas  
De mi futuro, que en tu entraña sellas.

\* \*

No estampa intercambiable  
En la memoria, tu contorno ofrece  
A los ojos — mas cable  
A que atada se mece  
De hoy más mi vida, y en tu paz frutece.

Que en tu ribera espera,  
Sediento, el labio hallar por fin la pura  
Agua que desaltera,  
Y aguarda mi ventura  
Que al cabo habrá de hurtarse a la aventura.

Amor sus frescos ramos  
Me tiende ya: En la hamaca de la brisa,  
Tremolando reclamos  
Con ágil mano, irisa  
El quitasol azul de su sonrisa.

Tras su llamado, vuelo,  
Dando el pasado al diente del olvido:  
Que el porvenir en celo,  
En el hondón mullido  
De su regazo hoy quiere armar el nido.

\* \*

Tanto cuanto mi vida  
Dure, vélame el sueño, a mi amor vela,  
Ciudad. Y cuantas mida  
Horas mi vida, estela  
De amor daré a tu gracia, y centinela,

Y en tanto que a la noria  
De tu quietud mi paso se encadena,  
Baña tú mi memoria  
Con la gracia serena  
Que amor alumbró en tu profunda vena.

JOSÉ MARÍA QUIROGA PLÁ

Salamanca. Madrid. 1927.



L. GUTIERREZ SOLANA: La Exposición Vazquez Díaz

ROMANCE

DE LA LUNA DE LOS GITANOS

La luna vino a la fragua  
con su polisón de nardos.  
El niño la mira, mira.  
El niño la está mirando.  
En el aire conmovido  
mueve la luna sus brazos  
y enseña lúbrica y pura  
sus senos de duro estaño.  
«Huye luna, luna, luna.  
Si vinieran los gitanos  
harían con tu corazón  
collares y anillos blancos».  
«Niño, déjame que baile;  
cuando vengan los gitanos  
te encontrarán sobre el yunque  
con tus ojillos cerrados».  
«Huye luna, lunc, luna,  
que ya siento sus caballos».  
«Niño, déjame; no pises  
mi blancor almidonado».

El gínete se acercaba  
tocando el tambor del llano.  
Dentro de la fragua el niño  
tiene los ojos cerrados.  
Por el olivar verían  
—bronce y sueño— los gitanos.  
Las cabezas levantadas  
y los ojos entornados.  
¡Cómo canta la zumaya!  
¡Ay, cómo canta en el árbol!  
Por el cielo va la luna  
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,  
dando gritos, los gitanos.  
El aire la vela, vela.  
El aire la está velando.

FEDERICO G. LORCA

PAIS A LO LILIPUT

Todas las casas de papel pintado,  
verdeoro, de seda, y las colinas  
con un verde de menta, y, en las nu-  
[bes,  
maquilladas estrellas de oro falso,  
polisuadas estrellas, vientos ágiles,  
vientos de torneada pantorrilla  
en últimos columpios, dando al aire  
volatines alegres...

Todas las casas de papel pintado,  
de seda, con biombos, con terrazas,  
y el arrozal de estrellas que se on-  
[dule...  
y aquella luna fresca de tres pétalos  
como un divino absurdo...  
Todas las casas de papel pintado  
y la luz japonesa de una estrella  
mojándose en el río...

En los alcores,  
viento pastoreando entre los pinos,  
dejando los vellones de sus brisas  
sobre las torres, y en los picos agrios  
de los gallos de múltiples veletas.  
Viento canalizado por las calles  
que den al mar, saltando a los luceros  
desde el árbol más alto...

Todas las casas de papel pintado  
y un humo rebosante de palabras,  
— las palabras frugales de la cena  
puesta sobre manteles. —

Todas las casas de papel pintado  
y las niñas rosadas, con tres cuerdas,  
para el papá, el mamá, y el buenos días,  
y los hilos que lleven la tramoya  
en las manos de Dios, y las miradas  
altas, sobre el hollín de las ciudades...

ADRIANO DEL VALLE

Fragmento

A JUAN GUERRERO

En el blanco suicidio de las aguas  
— girones en obstáculos salientes  
si sangre en flores —; a los pies del tajo;  
sobre las piedras: ropas de colores  
cuadradas secan, las que enjabonadas  
antes espumas turbias fabricaron.

Arrodillada, mírase en el río  
obteniendo por toda compañía:  
ecos de su figura en los cristales  
cuantos reflejos de su voz en rocas,  
alegre mas que el canto, confundido,  
de las aves del alba, con sonoras  
ondas de vidrio que se alejan suaves.

Pastora en soledad, vive guardada,  
guardadora también de su ganado,  
dando interior vivienda, si no cóncava  
habitación de carne, a la encalada  
casa del monte, si penetra en ella.

Los pastos abundantes de aquel sitio  
la vida deben a estas aguas puras,  
ya que la muerte al otro blando río  
de lana, hambriento, que lo inunda todo.  
Los frutales abrazos ceñidores  
que el fértil monte presumido ostenta  
y cuanto de riquezas vegetales  
produce aquel terreno, todo brota  
merced a los mensajes enterrados  
que distribuye en su carrera el río.

Siguió lavando. En esto entretenida  
no vió del cielo las pesadas nubes,  
aunque en el agua copia se hizo de ellas.  
Fueron voces amigas derivadas  
de la alta cumbre las que le advirtieron.  
Guardando pues las prendas esparcidas  
abandonó quejosa su tarea  
y luego aquel lugar tan deleitoso.  
Bien hizo que la lluvia encadenada  
se libertó por fin y suavemente  
destrezas de cristal otorgó al cielo.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

Málaga, 1927.

Canción a medias

Si tu luna es pastora,  
la mía es marinera,  
aunque no sé si hay una  
o dos que se nos truecan.

Escuadras y rebaños  
se pierden y se encuentran.  
El campo se hace agua;  
los mares se hacen tierra.

Mi luna levantina  
teje velas de randa,  
y la tuya, andaluza,  
pule y dora naranjas.

Pero ¿dónde estará  
mi otra luna, cantábrica,  
la que envía en el viento  
su tacto de manzana?

Ni tu luna es de valle,  
ni la mía es de playa,  
que todas son del aire.  
Y no hay tuya, ni mía,  
sino una dinastía  
que para cada suño  
coronan a una hija.

Pseudorimas

Montaña de sombra verde,  
camino oscilante como  
las cunas y los arrullos.  
Canta la policromía  
del pico de los capullos.  
El manantial se inclina  
desnudo como un vaso,  
fecundo como un seno.  
La yerba está dormida  
con los ojos abiertos.

Alba camisa de los cielos, nieve.  
Los astros y los ángeles han ido  
a bañarse a las termas de la luna.  
No hay catalejo de cristal purísimo  
que nos revele semejantes coros.  
Pero a veces se agitan los sentidos,  
y somos arbolillos anhelantes  
que por sus flores oyen lo divino.

El amor no es el agua,  
sino la superficie que a todo se estremece  
y despliega el temblor de las estrellas  
en el doble abanico de una concha  
que hubiera recogido las luces  
de todos los naufragios.

Pajarillo que tiene la niña en una jaula  
¿pides la libertad y cantas?  
Yo siento tu amargura en mi palabra.  
Sin el dolor del cauce  
no es río el agua.  
La vida es melodía  
divinamente encarcelada.

Noche de ébano y marfiles

Galeotes seráficos suspiran  
bajo el maná de las estrellas.

Camarote de ausencias y reliquias  
sin salida para la angustia  
de la proa tatuada del anhelo.

Fosforecen collares de mariscos,  
hostias, redondos númenes  
nutridos a los pechos de la nave,  
maternal pensionado  
de insomnes y blanqueados pasajeros.

Primavera del otoño  
y enero de los veranos.  
El cielo nos mira y oye como un viejo calendario  
de nombres que se perdieron  
en la popa de los barcos.

Noche de Pentecostés,  
todo el Espíritu Santo lamea sobre las frentes  
de las olas; y la mano  
del aire, llena de espuma,  
levanta el despierto ramo del silencio y los fulgores  
como un viejo, lacrimoso lampadario.

Alba azafrán. El oriente  
nos torna rubia la sombra,  
nos vuelve cofres de sándalo  
llenos de soles ya secos  
entre hojaldres ruborosos.

La playa despliega el ala que resume el horizonte.  
Abanico de un escote boreal.  
Tras un festón de pinares, fingido por las espumas  
un pergamino de amor  
buscará el seno del alba.

JUAN GUTIERREZ GILI



ESTEBAN VICENTE: El Valle

Los ángeles albañiles

(PARA DON LUIS DE GÓNGORA)

Escarolados de frío,  
astrales blusas de nieve,  
de los séptimos andamios  
del Paraíso descenden,  
dorados los palaústres,  
por invisibles cordeles,  
tres ángeles albañiles  
para socavar mis sienas.

Al filo de una ventana  
del segundo cielo, ausente,  
y al libre y libre albedrío  
del aire que vuelve y vuelve,  
en rumbo de luces idas,  
sin saber si van o vienen,  
y en colcha de tersas cales,  
desnudo, mi cuerpo duerme.

—Ángeles, ¿qué estáis haciendo?  
Derriba en tres mi frente,  
mina de yeso, su sangre  
sorben los cubos celestes,  
y arriba, arriba y arriba,  
ya en los columpios del siete,  
los ángeles albañiles  
encalan astros y hoteles.

RAFAEL ALBERTI

Silencio puro

Silencio puro:  
gracia pura de todo lo no dicho,  
matriz de lo absoluto,  
espasmo del verbo más lírico.

Un hilo tenso para la idea...  
(La idea, alambrista de circo.)

Silencio puro  
—puro..., puro...; de tan puro, cínico—:  
ni ausente lo que vibra,  
ni ausencia del sentido...

(«Ser o no ser»... Mas no quiero  
los dilemas—¡tragedia de lo extricto!—)  
Ser y no ser... Más todavía,  
signo de signos.

Silencio puro...

RAFAEL LAFFÓN

Las cuatro Sirenas  
del Almirante

I

Cuatro Sirenas sostenían  
los escudos del Almirante,  
protegíalas el gran alero  
en la fachada de adelante.  
Y todas cuatro sonreían  
con sus fríos rostros ecuanimes,  
y ceñían a los blasones  
sus finas colas cimbreantes.  
Bajo ellas un mascarón,  
cual los de proa de las naves,  
abre la boca, con el gesto fiero  
de las caretas de los samurayes.  
Sobre ellas, cuatro tritones  
sus caracolas siempre tañen.

La casa dió espaldas al mar  
de donde vienen las tempestades,  
y abrió sus puertas y balcones  
sobre prados y robledales.  
Y las cuatro Sirenas oyen  
el rumor de las olas, distante,  
y sonríen, sonríen siempre,  
con sus fríos rostros ecuanimes.

II

El Almirante aquel, acaso viese  
en la gruta de Capri a las Sirenas,  
y al volver a la casa, ya pasada  
la edad de las aventuras guerreras,  
buscó un artifice sutil  
que se las tallase en piedra...

III

El Almirante viejo oía  
las olas del mar llamarle,  
para expediciones peligrosas  
por desconocidos mares...  
¡y se veía preso por los años  
a los cuatro muros de sus lares,  
igual que las cuatro Sirenas  
que sus armas velaban tutelares!

IV

Rindióse al fin el Almirante  
de la vida a la galerna:  
apenas, semiborrado,  
recuerdo de sus gestas queda...  
Y en el dormido rincón cántabro  
entre robledos y praderas,  
protegidas por el alero  
de la dorada solariega,  
sonríen desde hace siglos  
las cuatro sirenas de piedra.

LUYS SANTA MARINA

Paseo de noche

A MANUEL ALTOLAGUIRRE

Los faros encendidos  
van abriendo el camino con sus dedos  
y los ojos, cazados  
pájaros de la noche madura,  
debajo de los árboles,  
caen delante del faro que les guiña  
y el mar resurge extravasado,  
cabellera empolvada bajo el sombrero cóncavo  
de la noche de estrellas  
con velo moteado de luceros.

Los faros rompen los cristales  
de los lentes de oro y nos huimos  
delante de nosotros  
hacia el momento sin momento.

Canción de mastro

El bock rubio de la tarde,  
de espuma de gargantilla,  
vierte su amarga sorpresa  
en el gris de la marina.

Las aspas de las gaviotas,  
llenas de óxido, rechinan,  
y motorizan el aire  
con su tibia gasolina.

Canción de mastro que yergues  
tu pecho bruno en la orilla,  
prendiendo un clavel muy fuerte  
en las nubes con tu horquilla;

al amargor de la tarde  
echas tu genciana viva,  
canción de mastro, gitana  
por entre pinos perdida.

ROGELIO BUENDÍA

DELTA

1

Cerca, en los confines del amanecer, se divisaba el archipiélago. Sus islas, recostadas en la calcomanía del mar, miraban, quietas, a los cielos. En cuanto el sol se encaramó sobre su flauta, todas se fueron levantando. Unas, para ramonear las algas; otras, para buscar las hierbecillas frescas de luceros. En la propicia diafanidad del aire, se dibujaba entonces la delicadeza de sus contornos. Se despertaban, atraídas, las adolescencias del viento. Pero así que insinuaban sus más puras caricias, escapaban bien rápidas hacia Levante, perseguidas de lejos por las sonrisas de la espuma. Poco a poco, el rebaño se recostaba nuevamente. Y la hora olvidando su rumbo, empezaba a trazar sobre las playas, el círculo máximo de la siesta.

Cuando entreabrí los ojos, las cabras tenían sed. El día chasqueó su honda, y el archipiélago echó a andar por el Atlántico, para poder abreviar, antes que oscureciese, en las orillas del río Goolf Stream. Mi soledad se agrandó más. Cerca, en los sinfines de la tarde, se escuchaban de vez en vez, las voces plenas del pastor: Eh, Fuerteventura! Eh, Gran Canaria!

2

Bajaba lenta por los tablares, sonante la alegre esquila de su cuello, que adelgazaba el viento en la distancia. Detrás marchaba la colina, con el delantal blanco de almendros florecientes y la sonrisa suave de los pinos. Estaba abriendo el día. Las palomas, estrenando sus vuelos. Las riberas, empavesándose de ropas limpias, de morenos brazos de muchachas, de sonrosadas espumas breves. Desde la torre donde yo me mojaba los ojos de paisaje, pronto se vió a la ermita entre los juncos, paciendo calmas y remansos. Detrás marchaba la colina, más verde la sonrisa de los pinos y los hombros más frescos de canciones.

3

Aquella noche ibas y venías por las márgenes de la Vía Láctea, refrescando tu sueño en su corriente. Te contemplabas al espejo de sus más serenados remansos, para pintarte del crepúsculo que tu sola veías. Después me mirabas graciosamente pícara, perfilando un mentido huir, en el que arrojabas al lago doce o catorce estrellas, salpicándome del reflejo del cielo. Cuando más te anhelaba, me ondeaste un adiós de verdad y te perdiste entre los huertos de las constelaciones.

Entonces, todas las chimeneas se pusieron en pie. La madrugada viró rápida. Las laderas bajaban a las fuentes, en el pecho la rosa blanca de un molino. Volví tan tarde a la ciudad que el sol ya andaba por las plazas con su rebaño de tranvías.

4

En la pared blanca de la evocación, colgaba el cuadro de las escoleras. La tarde me escondía otra vez entre los romboedros. Volví a sentir sobre las manos el leve peso de algún libro. De un libro que, con las ráfagas del viento, se me quería escapar volando como las gaviotas.

En la pared blanca de la evocación, colgaban los atardeceres vertidos en el mar. Volví a sentir el alma sobre el libro. Abierta como él a las luces puras, y, con las ráfagas del viento, alborotada de inquietud.

A. OLIVER BELMÁS



OLASAGASTI: Retrato de Daniel Vazquez Diaz

Variaciones en el intermedio

(LAS IDEAS)

Unos se obstinan en saturar con un grano de sal, un gran vaso de agua... mientras que otros, quieren concentrar toda la sal de los mares en un solo granito...

En el primer caso, se produce un artículo cuando no un libro, soso e insípido, como de papel solo. En el segundo, un aforismo intenso y difícil de manejar como una gotita de aire líquido.

\*

Todo lleno de ideas. Como de zumo una naranja.

Puede exprimirse el cerebro para humedecer los otros, pero se quedaría como una naranja exprimida.

\*

Para conseguir un blanco difícil, —primeramente hay que disponer de un buen arma— es necesario apuntar con precisión y luego disparar. Esta es una idea casi nueva.

Es absurdo que la mayoría se obstine en medrar sin tener presente fórmula tan esencial.

Los más vehementes, disparan sin apuntar apenas, (cuando no cerrando los ojos) y el resto... se pasa la vida apuntando y riendo de los que no saben ni apuntar.

\*

Quiero darle forma a este pensamiento vago que se destaca borroso al fondo de mi cerebro...

Sí: no es ilusión. Existe. Puedo hasta rozar con mis dedos su piel suavísima y ver con mis ojos sus brillos y sus colores...

Pero no se define preciso...

Quiero darle forma. Fijar sus contornos vagos y plasmar la inconsistencia de sus masas...

Quizá pueda vaciarlo en el cáliz de esta copa cuyo verde cristal primorosamente tallado, serviría de crisol...

Podría laminarlo entre las hojas de este libro cuyos versos encantadores, lo saturarían de poesía...

Tal vez en el seno de aquel violín...

Puede ser que lo más acertado

sea sacarlo al sol, a la intemperie. Seguramente la fuerza del calor y la humedad de la noche, influirán sobre mi confuso pensamiento y lo harán surgir como de una placa fotográfica los reactivos adecuados.

En cuanto salí al balcón, escapóse rápido mi pensamiento... porque no era pensamiento sino una mariposa.

Después de todo, la fuga no fué absoluta, aún quedan en mis dedos, en mis ojos y en mi cerebro, el polvillo dorado y luciente de sus alas.

\*

Son los pensamientos, flores diversas. Unas de un día, otras, de un año, otras de siempre.

Cuando tenemos la crueldad de arrancarlas para lucirlas en el flores de la vanidad o para esconderlas en el vaso de nuestro egoísmo, pierden poco a poco toda su lozanía. Las flores no pueden resistir el manoseo del vulgo ni la oscuridad de un estuche.

El escritor civilizado del todo, escritor puro, debe poner en el parque de su cerebro, un rótulo:

«Prohibido tocar las flores de estos jardines».

\*

Lluvia de ideas en el cielo del pensar. Muchas, dejan una estela luminosa, remota y fugaz. Y gozo viéndolas ir. Mirándolas desaparecer en el remoto incógnito y misterioso.

Quizá pudiera prender alguna que se enredaría entre la pluma y el papel... Pero no quiero. Me siento magnífico con este derroche espiritual.

\*

Tengo la ventana abierta. Desde la cama, veo el campo, casi entero mi huerto.

Tengo en el huerto, una bandada muy grande de ideas. Vuelan altas y bajas, lentas o rápidas, haciendo brillar con el sol, toda la policromía de sus plumajes.

Girones de prosa

En el día alegre: (Fluyen, normales y purísimas, mis fuentes endocrinas; como un cronómetro de astrónomo que tuviese, en su argentina sonería, una campanita microscópica para las décimas de segundo, marcha mi metabolismo basal; por esto, o quién sabe por qué, yo estoy lleno de gozo).

Yo estoy lleno de gozo, y la mirada ingrave va hacia todo como en un vuelo de pájaro audaz, acariciando blandamente el dintorno de las cosas: sobre el agua hialina que es el cielo, boga el esquife de una nube recién pintado de blanco; las golondrinas, que acaban de llegar, tienen el plumaje impregnado por las esencias gomosas del bosque fastuoso y tropical donde invernaron; esa bella palmera está bailando con la brisa un elegante y pausado minué; el jazminero se llenó, en una noche, milagrosamente, de cientos de blancas estrellitas de olor; y una niña, bajo un dosel de rosas, está cantando una ingenua canción conmovedora que besa a mi corazón...

En el día triste: (¿Quién ha envenenado mis fuentes endocrinas? Como el torpe reloj de un faquín marcha mi metabolismo basal; por esto, o quién sabe por qué, yo estoy lleno de pena).

Yo estoy lleno de pena, y la mirada vuela hacia las cosas como un pájaro herido, arrastrando el grillette del desaliento: el cielo me parece de agua sucia, agua de arroyo con lavanderas, y las nubes, manchones de jabón de sebo; ¡fuera las golondrinas, gritadores, pequeños cuervos ridículos!; esa palmera que el desapacible viento sacude epilépticamente, es una escoba vieja y sucia puesta del revés; ha caído sobre el jazminero raquítico, desde el roñoso paredón, polvo de cal; y una niña grita bajo un rosal que sólo tiene espinas, el estribillo idiota de una canción insoportable que me hiere el corazón.

ANDRÉS CEGARRA SALCEDO

Distingo alguna hermosa y hasta descubro en otras, el destello de lo genial.

Si quisiera, podría bajar a cazarlas casi todas para formar un maravilloso ramillete.

Pero no quiero... tendría que levantarme, que bajar, que hacer un ligero esfuerzo. Es preferible seguir en el lecho y cerrar la ventana... no llegue alguna demasiado cerca...

\*

Ahora las ideas están en el estanque. Allí están siempre, y crecen, se reproducen, mueren, pero no se agotan. Cuando el agua está clara, se distinguen todas animadas y llenas de alborozo en el fondo del estanque. Pero a veces el agua está turbia.

\*

Y la idea, sin salir. Palabras como sacacorchos, como lazos, como anzuelos.

Y la idea, sin salir. Frases que son ganchos, redes, pinzas, forceps, imanes.

Y la idea sin salir pero cada vez más destrozada.

Al intentar un último esfuerzo, la idea resbala y cae en el fondo de la botella. Ahora la vemos mejor. Está más libre, más suelta que antes, pero también más hinchada...

Será preferible dejarla en el fondo de la botella que sacarla hecha pedacitos.

VICENTE LLORENS Y FRANCO  
Sevilla, 1927.